

EL PSOE FRENTE A FRANCO

Abdón MATEOS

Los años cincuenta y sesenta resultan aún hoy poco conocidos en la historia del socialismo democrático español. Las secuelas internas que produjo la división de 1972 explican, entre otras razones, que no se reivindicase este período, con el consiguiente vacío historiográfico (1).

Por otra parte, las leyendas sobre la irrelevancia de la trayectoria del socialismo bajo el régimen de Franco y sobre su recuperación, como ave fénix que resurge de sus cenizas, en las postrimerías de la dictadura y comienzos de la transición democrática contribuyen a este estado de la cuestión. Normalmente, se tiende a señalar que las organizaciones socialistas no superaron el estado de «descomposición» político heredado de la guerra civil, entrando desde el final del decenio de los cuarenta en un proceso de decadencia que muchos pensaban que era ya irreversible.

Frente a estas visiones interesadas, sostengo que el PSOE constituyó la principal formación política de la oposición al régimen de Franco. Esta preeminencia política del socialismo español existió desde el comienzo de la Guerra Civil, desempeñando sus dirigentes los puestos de máxima res-

ponsabilidad en la acción de gobierno. Más adelante, en la posguerra, la política del exilio giró en buena medida en torno a la posición del PSOE.

Por la continuidad de unas estructuras partidarias y sindicales de masas en el exilio, por sus aliados políticos y sindicales, por los apoyos en organizaciones internacionales y por la evolución de su discurso y proyecto político, el socialismo español desempeñó un papel principal incluso en los años más difíciles.

Otra de las fuerzas realmente influyentes fueron los monárquicos y Don Juan de Borbón, por la repercusión de sus actividades en sectores de las «familias políticas» del régimen. Esta alternativa institucional, más que política, tuvo más posibilidades que la republicana de suceder a Franco.

Los comunistas españoles tuvieron un notable protagonismo en el desarrollo de la Guerra Civil, aunque se ha tendido a exagerar este papel. Posteriormente, el PCE estuvo aislado políticamente respecto al resto de las fuerzas republicanas y las nuevas fuerzas «centristas» surgidas desde el decenio de los cincuenta. Sólo durante los últimos diez años de la dictadura, el PCE consiguió forzar un bloque de aliados en torno al movimiento sociopolítico de Comisiones Obreras. En cierto modo, Comisiones fue hasta 1976 más un frente de organizaciones comunistas e izquierdistas, en la empresa y en niveles superiores, que un sindicato. En suma, el PCE consiguió tener una fuerza sindical que no había poseído en los años treinta pero resultan más dudosas sus posibilidades y fuerza políticas. Su estrategia de derribar al franquismo mediante el recurso a la huelga general se reveló como una utopía.

En términos generales, los años cincuenta y la primera mitad de los sesenta constituyeron un período de debilidad general de las organizaciones de la oposición «históricas». Para algunas, supusieron una decadencia irreversible pero para otras, en cambio, una fase de adaptación a la transformada sociedad española y, por tanto, de resurgimiento bajo nuevas formas y contenidos.

A este respecto parecen significativos, además del socialismo español, los casos del movimiento comunista y de los distintos nacionalismos. Por tanto, en esos años, distantes tanto de las consecuencias inmediatas de la Guerra Civil como de la transición democrática, se produjeron cambios sustanciales en la sociedad española que configuraron las bases de una oposición renovada al franquismo.

La «modernización» del socialismo español, clave para el auge posterior, es un proceso histórico que arranca en la segunda mitad de los años cincuenta, pues tiene su base en el cambio social que se produce en España. Este es un proceso que no se puede entender si se limita el análisis a la trayectoria del PSOE. La identidad existente entre el Partido

Socialista y la Unión General, la preponderancia de las luchas sociales reivindicativas en los años sesenta, y la aparición de nuevos grupos políticos y sindicales que se reclamaban del socialismo democrático son factores que hay que tener en cuenta para comprender este proceso.

Como en la crisis de la Restauración y durante la II República, el control y orientación del sindicato fue decisivo en el desarrollo de las luchas internas del movimiento socialista en los años setenta. Para explicar la recuperación del PSOE y de la UGT del papel de fuerzas hegemónicas de la izquierda conviene, pues, conocer cuál fue la evolución del socialismo español en su conjunto desde el final de la posguerra hasta la muerte del dictador (2).

Superada la división de la etapa republicana y asegurada la continuidad orgánica del socialismo español gracias a la reorganización en el exilio, el período considerado se caracterizó por un nuevo tipo de conflictos internos en los que quizás el problema clave fue el engarce de una nueva generación socialista, procedente en su mayor parte de sectores «ilustrados» de la clase media, con lo que restaba, en un sentido de militancia, de las bases tradicionales de origen obrero en España y en el exilio.

El fracaso de esta integración entre 1959 y 1968 definió buena parte de los problemas del movimiento socialista durante la segunda mitad de la dictadura franquista. Un engarce conseguido finalmente en los últimos años del franquismo y que fue esencial en la revisión del proyecto socialista y en el logro posterior de una hegemonía político-social. A diferencia del período republicano, esta integración permitió la independencia política del PSOE respecto a formaciones reformistas de centro e, incluso, en cierto modo, de la misma UGT (3). Es, por tanto, esta problemática interna, más que criterios basados en la evolución general de la oposición, la que me permite definir una cronología básica.

En la historia del socialismo español desde 1947 hasta la escisión de 1972 se pueden distinguir cuatro etapas fundamentales. La primera, desde 1947 a 1953, el PSOE hizo un esfuerzo, no coronado por el éxito, para lograr una «solución nacional» del «problema español». La salida de la dictadura no debía ser obra de una sola organización o clase social, sino que era necesaria la colaboración incluso con fuerzas de la derecha desgajada del franquismo. Se superaron las divisiones heredadas desde la Guerra Civil, reorganizando estrechamente el partido y el sindicato. Sin embargo, se produjo un agotamiento de la generación resistente clandestina y una estabilización orgánica de la emigración socialista.

La segunda, entre 1954 y 1958, estuvo caracterizada por una breve recuperación clandestina y un distanciamiento entre la dirección y una nueva generación socialista en el interior, de la que alguna de sus expresiones son la Agrupación Socialista Universitaria y el Moviment Socialista de Catalunya.

Distancia que, tras el fracaso de las iniciativas renovadoras lideradas por Antonio Amat en los Congresos del PSOE en 1958 y en 1961, dio lugar a una etapa de crisis y fragmentación entre 1959 y 1966. Crisis motivada, entre otras razones, por la debilidad de las organizaciones socialistas «clásicas» en Madrid y Barcelona, principales centros de movimientos sociopolíticos como Comisiones Obreras y de la protesta de estudiantes, intelectuales y profesionales. Escasa presencia del PSOE y de la UGT —no tanto del resto de los grupos neosocialistas— que tenía su razón de ser en lo ocurrido en la etapa anterior (4). En esta tercera etapa se produjeron intentos de transformar al socialismo español desde fuera de las organizaciones históricas, esto es, no respetando los cauces orgánicos y creando plataformas como la Federación de Organizaciones Socialistas y el Partido Socialista en el Interior (5).

A mi juicio, este subperíodo es el más difícil de la historia del socialismo español durante la segunda mitad del franquismo. Si en los años cincuenta la «cuestión institucional» o debate sobre la forma de régimen fue uno de los principales caballos de batalla, en esta etapa el eje de las discrepancias estuvo en la táctica de lucha sindical. Frente a la defensa de la UGT, los socialistas críticos impulsaron primero la Alianza Sindical Obrera, y apoyaron después a CCOO y, en menor medida, a la Unión Sindical Obrera. Estos movimientos sindicales defendieron la infiltración en el «Sindicato Vertical» frente a la posición mayoritaria de boicot de los ugetistas.

Por último, desde 1967, como respuesta a la debilidad del PSOE y de la UGT fuera de Asturias y el País Vasco, a las tentativas anteriores de sustituir a las organizaciones «clásicas» y al creciente protagonismo del PCE en la lucha obrera contra Franco, se produjo otro movimiento renovador iniciado, sobre todo, desde el sindicato socialista. Este, caracterizado por una lucha por la dirección y una radicalización política, triunfó gracias al apoyo de los partidos y sindicatos de la IS y de la CIOSL; y a la convergencia de la mayoría de la base del exilio, de los núcleos obreros en el norte y de grupos de militantes de origen burgués en otras zonas de España. Aunque la unidad de los socialistas no concluyó hasta 1978, desde los primeros años setenta el PSOE y la UGT tuvieron de nuevo la iniciativa en el ámbito del socialismo democrático y de la oposición al franquismo.

Las bases de la política socialista

Tras esta acotación cronológica, conviene entrar en la explicación de cuáles fueron los rasgos que caracterizaron la política del socialismo español. Entre 1947 y 1972, esta política tuvo más elementos de continuidad que de cambio. Los tres pilares que guiaron la acción del PSOE y de la UGT se pueden definir en los siguientes términos: firmeza institucional, alternativa democrática y presencia internacional.

Además, el discurso y proyecto político oficial del partido se mantuvo inalterable. Frente a las divergencias ideológicas de los años treinta, el PSOE y la UGT, bajo el liderazgo de Llopis, cerraron filas, disolviéndose las diferencias preexistentes y recuperándose el «pablismo» de inspiración guesdista, con su acento centralista y burocrático, por otra parte en boga entre los socialistas franceses guiados por Guy Mollet. Un nuevo discurso plenamente europeísta y democrático fue asumido por los dirigentes del PSOE y de la UGT, aunque a diferencia del laborismo británico o de la socialdemocracia alemana no existió una verdadera revisión del discurso ideológico-programático.

El PSOE en el exilio decidió congelar el debate doctrinal debido a que se consideraba al franquismo como un régimen provisional y a la emigración política como una fracción minoritaria de las bases del antiguo movimiento socialista. Del mismo modo, existió una especie de reacción frente a las polémicas doctrinales que dividieron al partido durante los años treinta y un lógico envejecimiento de la militancia, fundamentalmente de extracción obrera, que dificultaba la apertura de este tipo de debates. Contra la división y la infiltración, producto del período republicano, se resaltaron valores como la disciplina, la honradez y la unidad. Además, el objetivo inmediato no era hacer la revolución social o construir el socialismo sino acabar con Franco y restaurar las libertades. Lo fundamental del pensamiento político giró en torno a una reflexión de cómo realizar una transición a la democracia pacífica en España, y sentar las bases de la convivencia política.

En primer lugar, en 1947, como es sabido, triunfaron las concepciones políticas de Prieto en el seno de las organizaciones socialistas (6). Frente a las legitimidades republicana y monárquica el PSOE adoptó una fórmula intermedia, la plebiscitaria, profundamente democrática y posible cauce para la reconciliación de los españoles. A lo largo de los siguientes diez años esta fórmula fue adoptada por el resto de las organizaciones «clásicas» y, más adelante, por la mayoría de las nuevas formaciones de la oposición democrática.

Se consideró el supuesto de que aunque no se pudiera implantar un gobierno provisional y realizar el plebiscito, la actitud de firmeza institucional contribuiría al éxito de una transición democrática, pues los sucesores de la dictadura tendrían la necesidad de negociar con la oposición para reforzar su legitimidad. Pese a que esta posición fue mayoritaria en el seno del movimiento socialista desde 1947, existieron sectores defensores del legitimismo republicano y otros más proclives a un posibilismo monárquico.

Durante los años cincuenta el posibilismo ante la restauración de la monarquía estuvo muy extendido entre la organización clandestina (7). Incluso se elaboró todo un plan de acción política basado en la colaboración con los monárquicos y fuerzas democráticas para la restauración

de la monarquía (8). Los Congresos del PSOE de 1958 y 1961 consolidaron definitivamente la posición oficial. Pese a ello, en el último, se reconoció públicamente que una monarquía constitucional supondría un avance político frente a la dictadura franquista. Al fin, las posiciones políticas de firmeza democrática (Prieto) y posibilismo corporativista (Caballero) confluyeron en un cierto accidentalismo democrático. Lo que se descartó fue la colaboración con Unión Española en las conspiraciones en favor de la restauración (9).

En suma, de una cultura política ante la cuestión institucional de firmeza democrática se evolucionó hacia un relativo posibilismo. En esta evolución del PSOE fueron decisivas las relaciones establecidas con otras fuerzas de centro y de derecha democrática. Como en el resto de Europa occidental, las formaciones políticas españolas de oposición redescubrieron el valor de la democracia, aceptando al oponente en el sistema de partidos. En este sentido, las distintas culturas políticas del exilio ante la forma de régimen —intransigencia republicana, legitimismo monárquico, oportunismo revolucionario, firmeza democrática, posibilismo corporativista y accidentalismo democrático—, se redujeron durante los años sesenta a una, el posibilismo democrático, desapareciendo otras o convirtiéndose algunas en puramente testimoniales. De este modo, entre las élites de la oposición se sentaron las bases de la convivencia política, al mismo tiempo que se conformaba una cultura democrática en la transformada sociedad española.

En segundo lugar, uno de los activos y componentes fundamentales de la acción del socialismo español fue la política de presencia internacional y europea. Las organizaciones socialistas fueron miembros fundadores de la Internacional Socialista, de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, y de la Confederación Europea de Sindicatos (10). Aunque a partir de los años cincuenta ya no se esperó que la intervención internacional acabara con el franquismo, las relaciones y actividades exteriores del socialismo español tuvieron gran importancia. Paradójicamente, la «normalización» internacional del franquismo abrió nuevas posibilidades a la presión del PSOE y de la UGT a través de los partidos y sindicatos socialistas y democráticos europeos. La política franquista de acercamiento a las instituciones europeas fue denunciada sistemáticamente por los socialistas, alcanzando esta tarea bastante efectividad.

A través de las actividades de la Organización Regional Europea de la CIOSL en la Comisión Sindical Consultiva de la OECE (OCDE) y en el CES y otras instituciones de la CEE, así como de los Grupos Parlamentarios Socialistas en la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa y el Parlamento Europeo, el socialismo español en el exilio pudo desarrollar una importante labor que incidió sobre la política de la dictadura franquista. Otro ejemplo relevante fue la acción de la UGT en el Comité de Coordinación Internacional de la CIOSL y la CISC creado en 1960. Probablemente, las quejas formuladas por las internacionales sindicales ante

el Comité de Libertad Sindical de la Organización Internacional del Trabajo repercutieron en las políticas sindical y sociolaboral del franquismo y en una dosificación de las medidas represivas.

La Unión General tuvo como principales funciones, que justificaron su reorganización en el exilio, la representación de los trabajadores españoles en las instituciones sindicales internacionales y la mediación de la solidaridad moral y material de éstas (11). La ayuda del socialismo español a los represaliados y refugiados políticos fue notable, constituyendo uno de los principales activos de la dirección del PSOE y de la UGT en el exilio. A partir de 1945, se constituyeron organizaciones y asociaciones humanitarias como Solidaridad Democrática Española, así como organismos socialistas que agrupaban a los afiliados por regiones de procedencia, realizando una gran labor solidaria con los refugiados de la guerra y de la posguerra, los presos, los huelguistas y los grupos clandestinos. Esta ayuda, aunque se destinó principalmente a la militancia socialista, también se extendió al resto de la oposición y de la sociedad perseguida por el franquismo.

A menudo se ha destacado el papel de ciertos partidos socialdemócratas europeos, cuando la realidad es que la mayor parte de los recursos y de los apoyos internacionales hasta la transición a la democracia pasaron más por el campo sindical que por el político.

Sin embargo, desde 1962, al estar el eje de la lucha de la oposición en el interior de España, y ser protagonizada ésta por las protestas reivindicativas de obreros, estudiantes y profesionales, las funciones de representación y mediación de la solidaridad por la UGT desde el exterior fueron puestas en duda por sectores del propio sindicato socialista y de las internacionales. De forma creciente, los partidos y sindicatos europeos buscaron directamente interlocutores socialistas en España (12). La aparición de nuevos grupos y movimientos sindicales unitarios —algunos de inspiración o participación socialista— comprometió la política de presencia europea. La competencia en los ámbitos internacionales frecuentados por la UGT, de la Alianza Sindical Obrera, primero, y de la Unión Sindical Obrera después, constituyó un verdadero revulsivo (13). Obligó a la dirección socialista en el exilio a compartir las relaciones internacionales con cuadros de la organización clandestina (14).

En el plano de la Internacional Socialista la competencia de los grupos neosocialistas españoles fue de menor relieve, aunque las actividades del PSI en Madrid y del MSC en Barcelona tuvieron cierta resonancia por la debilidad del PSOE en ambas ciudades. En todo caso, sus posibilidades como alternativas socialistas frente al PSOE fueron muy limitadas debido, entre otras razones, a la falta de estructura organizativa de alcance estatal y de fuerza sindical propia (15).

Por último, una vez frustrada la esperanza en una solución internacional del «problema español», la dirección del movimiento socialista en

el exilio trató de constituir plataformas políticas unitarias que agruparan a las organizaciones históricas, con exclusión de los comunistas, junto a nuevas formaciones políticas y grupos sindicales surgidos en el interior de España.

Si las organizaciones del exilio no tenían suficiente fuerza para derribar por sí solas a la dictadura, había que buscar nuevos aliados aunque fuera entre la derecha. Por los apoyos internacionales que podían suscitar y por lo que en un futuro pudiesen representar, los socialistas buscaron desde 1948, sobre todo, la alianza con grupos de inspiración democristiana. La estrategia política de Prieto, primero, y Llopis después, consistió, pues, en consolidar una alternativa democrática que diera garantías de orden a Occidente y que animara a sectores del propio régimen a derribar a Franco (16).

Las principales tentativas unitarias se produjeron en torno a los años del aislamiento internacional de Franco y del comienzo de la Guerra Fría, a la crisis política y económica del trienio 1956-1958, al Coloquio de Munich en 1962 y al referéndum de la Ley Orgánica del Estado y la designación de Sucesor. El Pacto de San Juan de Luz, la Unión de Fuerzas Democráticas y la Alianza Sindical, constituidas ambas en 1961, fueron las iniciativas más importantes. La debilidad y fragmentación de los aliados, la resistencia de las nuevas formaciones de centro y derecha democrática a la actitud de firmeza institucional socialista y el carácter de alternativa de poder de los proyectos unitarios negociados, dependientes de la trayectoria del régimen y de la actitud de las familias y de miembros significativos de las instituciones franquistas, limitaron la efectividad de estas iniciativas. Hacia 1969, con la proclamación de Sucesor, esta política de alternativa de poder democrática estaba prácticamente agotada.

No obstante, hay que señalar que las negociaciones comentadas contribuyeron a allanar diferencias, estableciendo unas bases de colaboración política a través de instituciones como el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, y a marcar un camino para la reconciliación entre los españoles. El PSOE jugó un papel de primera fila en los avatares de la política unitaria de la oposición. Por las relaciones y consideración políticas del socialismo español y por la repercusión sobre el régimen de su presencia en Europa, la importancia durante la dictadura y potencialidad del PSOE y de la UGT, fue bastante mayor de lo que se creyó en medios intelectuales y de la izquierda.

Las concepciones estratégicas de la dirección del PSOE y de la UGT implicaron la adopción de orientaciones como la exclusión de los comunistas de los pactos de unidad de acción, considerar secundaria la movilización popular y la lucha clandestina y, por tanto, descartar tácticas como la infiltración en las instituciones del régimen (17). Las consecuencias organizativas de esta política consistieron en defender un modelo de dirección compartida con predominio exterior, adoptado en 1958, y en conformarse con el mantenimiento de una organización clandestina reducida

y con importantes límites en el reclutamiento (18). Se recuperó el principio «pablista» de la calidad sobre la cantidad para salvaguardar a la militancia de la represión. Únicamente en el País Vasco y en Asturias hubo un reclutamiento masivo debido a la proyección en la lucha obrera (19).

El interior no cuestionó lo principal de la política de alianzas hasta bien entrada la década de los sesenta. En todo caso, parte de las federaciones clandestinas concibieron los pactos de unidad de acción como plataformas de polarización de la oposición, capaces de dirigir la movilización popular (20). Además, no descartaron la unidad de acción circunstancial con otras fuerzas opositoras como los comunistas. Fue, precisamente, la solidaridad en la acción obrera en el norte de España el factor clave en la supresión de las exclusiones en la política unitaria al comenzar la década de los setenta (21).

En suma, entre los logros de la dirección en el exilio pueden destacarse los tres pilares de su política —firmeza institucional, presencia internacional, alternativa democrática—, así como el haber asegurado la continuidad del partido y del sindicato, de la solidaridad y de unos ideales socialistas y democráticos. Pese a la ruptura de 1972, el carácter táctico de las discrepancias —frente a las divisiones de los años veinte y treinta con un contenido ideológico muy superior—, permitió que al mismo tiempo que el socialismo español se dotaba de unos contenidos políticos y de una composición interna diferentes se mantuvieran los fundamentos ideológicos. El discurso político radical de los setenta se entiende en el contexto general de radicalización de toda la oposición al final del franquismo, así como por la competencia de otros grupos en el ámbito de su espacio político.

El largo camino de la renovación

Explicadas las líneas maestras de la política del socialismo español, conviene preguntarse por qué la renovación del PSOE y de la UGT planteada desde la segunda mitad de los años cincuenta no triunfó hasta el final de la siguiente década y comienzos de los setenta. En otras palabras, entender por qué el declive no encontró su punto de inflexión hasta, al menos, 1968. Responder que hasta ese momento las posiciones críticas fueron minoritarias, aunque cierto, no es suficiente para comprender los avatares de ese proceso de modernización y reconstrucción.

En primer lugar, consideremos los factores externos al propio movimiento socialista como el contexto internacional y la trayectoria general del régimen y de la oposición. Aunque desde el final de los años cincuenta comenzaron a apreciarse críticas de la IS y, sobre todo, de la CIOSL ante la gestión orgánica y la política de los socialistas españoles en el exilio, dirigentes como Llopis y Tomás contaban aún con la amistad y confianza de unos líderes internacionales que habían conocido el desarrollo de la Guerra

Civil y sufrido la amenaza fascista en sus propios países. El relevo generacional en el seno de los partidos y sindicatos de estas internacionales se hizo notar una década más tarde. Por otro lado, el movimiento obrero socialista europeo se encontraba mayoritariamente inmerso en el bloqueo político impuesto por la Guerra Fría, situación de la que los dirigentes socialistas españoles eran relativamente partícipes. Esta situación de bloqueo comenzó a superarse en la segunda mitad de los años sesenta.

El régimen de Franco, estabilizado interior e internacionalmente, inauguró al final de los años cincuenta un período de desarrollo económico y «liberalización» política que tuvo como consecuencia para la oposición el sufrir una represión más selectiva. Pero todo este ambiguo proceso histórico estaba en sus inicios. Buena prueba de ello fueron las caídas masivas de la organización clandestina socialista en 1958 y en 1960. Tras cinco años de fructífera reorganización llevada a cabo por Amat, estas detenciones desarticulaban el movimiento socialista en el interior como organización clandestina coordinada y con capacidad para jugar un peso político hasta, al menos, 1962-1963. Durante esos años el peso del interior en el conjunto del socialismo español cayó a niveles inimaginables en el pujante trienio de 1956-1958. En suma, la represión aún jugó un papel importante en la dificultad de reconstruir al PSOE y a la UGT desde España. Por el contrario, la dosificación de la represión en los años sesenta permitió un mayor margen a la acción de los socialistas. Las caídas estuvieron asociadas a la participación en las luchas sociales, sobre todo en el País Vasco y Asturias, pero ya la dictadura no pretendió desarticular la organización como tal sobre todo debido a los fuertes apoyos internacionales que disfrutaban las organizaciones socialistas. Aunque en la ilegalidad, existieron ya condiciones para superar la acción clandestina, para reorganizar el partido y el sindicato de manera diferenciada y para tener un peso creciente en la dirección de la política socialista.

En cuanto a la trayectoria de la oposición, considerada globalmente, si es cierto que en los años 1956 a 1959 parecía que el eje de su actividad había pasado al interior de España también es verdad que, en cambio, en el bienio 1960-1961, la actividad exterior de ésta cobró nuevo impulso. De forma definitiva, el centro de la lucha antifranquista no estuvo en España hasta las protestas sociales de 1962. A partir de esta fecha se consolidaron incipientes movimientos sociopolíticos de amplias vanguardias, en 1956-1958, como el estudiantil y las comisiones obreras. Lo que era una amenaza en 1958 para la representatividad de las organizaciones obreras «clásicas», esto es, el papel de comunistas y «católicos» en esos movimientos, será una realidad desde 1964.

Además de estos movimientos aparecieron toda una serie de organizaciones políticas y sindicales, algunas de inspiración socialista, que amenazaron la «legitimidad» del PSOE y de la UGT en la representación de los trabajadores. De esta amenaza ya fueron conscientes en 1958 los líderes más lúcidos del socialismo español pero no la mayoría del movimiento

socialista y de las organizaciones internacionales. En cambio, diez años después la percepción de esta competencia se hizo mayoritaria, lo que tuvo un papel fundamental en el triunfo final de la renovación.

Entre los nuevos socialistas, procedentes de sectores «ilustrados» de la clase media, fue donde más divulgadas estuvieron estas actitudes de temor a perder la representación de la clase obrera a manos de los comunistas. Esto explica que fueran principalmente antiguos militantes de la ASU en Madrid y los catalanistas del MSC los que propugnaron, desde el final de los cincuenta, la política de Alianza Sindical —fundando en octubre de 1962 la ASO—, la autonomía interior, la infiltración y la unidad de acción en la movilización obrera (22). Pocos años después, en una misma perspectiva de unidad de la organización obrera, éstos y otros grupos neosocialistas apoyaron la opción de CCOO frente a UGT. A mi juicio, la política sindical de los socialistas, entendida como sus alternativas para representar los intereses de los trabajadores, constituye el factor clave de las discrepancias y, en cierto modo, de todo el proceso de la renovación. Los socialistas de origen y de condición de clase media pusieron en cuestión el modelo tradicional de relación partido-sindicato, para propugnar la unidad y autonomía sindical. Unas concepciones sindicales que tenían su base en la transformación de la estructura industrial y, en general, del conjunto del orden social.

Como decía el dirigente de la ASU, Miguel Sánchez Mazas, en una carta pública a Prieto el 10 de agosto de 1958, el partido socialista conseguiría en un futuro democrático la hegemonía representando los intereses de la clase obrera y de la clase media, algo que consideraba perfectamente posible si se procedía a una revisión y apertura ideológico-programática que permitiera quebrar posibles espacios políticos de partidos reformistas de centro. El bloque social de progreso y el reformismo democrático debían sustituir al antiguo movimiento político clasista. Mientras tanto, convenía procurar la unidad obrera, integrando los viejos sindicatos de clase con los incipientes nuevos grupos sindicalistas (23).

Si había que representar los intereses de sectores más amplios que la clase obrera y hacer «política para todos», para el pueblo, era lógico que se pusiera en cuestión la relación tradicional entre el partido socialista y el sindicato. En este cuestionamiento influyó también la dificultad de mantener la UGT como sindicato clandestino fuera del norte. Siguiendo la lógica de esta argumentación, se puede entender que la reacción en el seno de las organizaciones socialistas «clásicas» se iniciara desde la Unión General de Trabajadores. Lo ocurrido en los Congresos de la UGT en 1968 y 1971 fue crucial para todo el proceso de renovación del socialismo.

Por lo que se refiere a los factores internos al PSOE y a la UGT en el fracaso inicial y prolongación del proceso de renovación, se pueden hacer las siguientes consideraciones. En primer lugar, conviene señalar la existencia de un relativo vacío generacional. Gran parte de los cuadros jó-

venes socialistas formados políticamente durante la II República pasaron al PCE. Esta generación se vio obligada a encabezar la lucha clandestina contra Franco durante la primera mitad del régimen. Cabe pensar que a estos jóvenes socialistas les habría correspondido ocupar los puestos de dirección y orientar la política del partido y del sindicato en los años cincuenta cuando una nueva época comenzaba. En cambio, la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España en el exilio desempeñó un escaso papel interno hasta los años sesenta (24). Sus veteranos miembros compartieron los valores políticos de sus mayores, de sus dirigentes en el PSOE. Por tanto, la debilidad como grupo militante y la identidad de valores políticos, impidió a las Juventudes jugar un papel en una hipotética lucha por la dirección y el cambio de política. Hubo que esperar a la confluencia de la segunda generación del exilio socialista —a los hijos de los emigrados tras la guerra civil, a antiguos militantes clandestinos refugiados y a los incorporados al socialismo desde la emigración económica— para que algo comenzara a cambiar.

En España, los antiguos miembros de las Juventudes sólo relevaron a sus mayores en zonas como Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias y Alicante. Lugares clave de la antigua militancia socialista y para la política de la oposición como Madrid, Barcelona y Sevilla, se encontraron en los años cincuenta sin relevo generacional procedente de las filas obreras tradicionales de la Unión y del Partido.

Esta geografía política es clave para entender los problemas del socialismo español durante el franquismo. Salvo en las provincias citadas al principio, hubo que reconstruir la organización casi desde cero, contando con una nueva generación procedente de la Universidad y de una nueva clase obrera proveniente en gran parte de la emigración interior. Ambos grupos de nuevos militantes carecían, en términos generales, de tradiciones socialistas en sus familias, lo que dificultó su inserción en unas federaciones clandestinas dirigidas en la mayoría de España por veteranos cuadros aferrados a sus experiencias del período republicano. Estos meritorios afiliados se conformaron con manter unos comités «huecos», sin base activa, distribuir la solidaridad y seguir las consignas de los dirigentes en el exilio. Acogieron con extraordinario recelo a los recién llegados, por una mezcla de miedo a la represión —infiltraciones—, por la extracción burguesa de los neófitos y por su diferente cultura política. Por ejemplo, un veterano militante madrileño consideraba a los jóvenes de la ASU de esta manera:

«De socialistas, nada. Son antifranquistas de espíritu liberal, pequeño burgués, pero carentes de toda formación y, sobre todo, disciplina (...). Se llaman a sí mismos no ya agrupación socialista universitaria, sino partido socialista del interior o partido socialdemócrata» (25).

Dirigentes clandestinos de los cincuenta y sesenta como Amat y Román procedían de las Juventudes y habían conservado mucho mejor

que sus homólogos en el exilio las tradiciones radicales. Pero se encontraron prácticamente solos en sus propuestas renovadoras. Además, no estaban dispuestos a forzar una renovación de la política y la dirección socialista frente al exilio sino con el exilio. Hubo que esperar diez años más para que una nueva generación, con el apoyo de parte de los veteranos, sin ataduras con el pasado, con los fantasmas de la guerra, emprendiera con éxito la renovación.

La metáfora de la reconquista de España durante una oscura edad media entre la posguerra inmediata y la pretransición a la democracia puede ser utilizada con provecho para entender la evolución del partido socialista. Frente a la invasión de los «moros» desde el norte de África, con la colaboración de parte de la sociedad española, la organización, los «cristianos viejos», se refugió al norte del Ebro, de los Picos de Europa y de los Pirineos. En el resto de España las represalias condujeron a la resistencia —los mozárabes—, a una especie de exilio interior, aislado de los decisivos cambios sociales de los años sesenta. Luego, los «jóvenes turcos», ni moros ni cristianos, enlazaron con el Norte resistente para imprimir un giro al movimiento y recuperar la influencia socialista en la sociedad española.

En segundo lugar, cabe analizar los instrumentos de dominación de la dirección sobre el conjunto del movimiento socialista. Frente a los modelos de doble dirección (1944-1954) y dirección única en el exilio (1955-1958), desde 1958 el PSOE y la UGT optaron por la dirección compartida interior-exterior con residencia en el exilio. Este nuevo modelo pervivirá hasta 1974, en el PSOE, y 1976 en la UGT. Con una fractura en 1970, año en el que el predominio del interior en la dirección se hizo patente. Los límites del modelo de dirección compartida entre 1958 y 1970 fueron notables. Hasta 1963 no se reunió el Comité de Coordinación clandestino y las sucesivas comisiones permanentes del órgano anterior —cuyos componentes eran miembros de pleno derecho de las Ejecutivas— carecieron de eficacia hasta el final de los años sesenta. Por tanto, la presencia del interior en los órganos de dirección tuvo un carácter más formal que real hasta 1970.

Del mismo modo, la participación en la elaboración de la política socialista fue muy reducida. En este sentido, conviene señalar que la presencia de las federaciones clandestinas en los Congresos en el exilio tuvo un carácter testimonial. Salvo en el Congreso del PSOE en 1961, los delegados del interior por razones de seguridad no participaron directamente en los plenos de las máximas asambleas del partido y del sindicato. La participación del interior se canalizó a través de las comisiones de las ponencias del Congreso. No sólo no tuvieron voz sino que, debido a la dificultad para contabilizar la militancia, tampoco tuvieron voto en los Congresos (26). Los delegados de las secciones en el exilio desconocieron casi en su totalidad cómo pensaba la organización clandestina. La información fue filtrada en las reuniones de Ejecutivas y del Consejo General

de la UGT y del Comité Director del PSOE. Por ello, las posiciones renovadoras sólo pudieron triunfar cuando una mayoría de la base en el exilio decidió emprender otro rumbo.

En ese cambio de rumbo de la mayoría del exilio y de las federaciones socialistas en el Norte —que constituyeron durante todo el franquismo la verdadera base de la organización clandestina—, tuvo un papel crucial la pérdida de posiciones, el deterioro del papel del PSOE y de la UGT en los ámbitos internacionales y en la conformación de un tejido democrático en la sociedad española durante los años sesenta.

El auge del PSOE y de la UGT no se puede entender simplemente como un resultado de la «memoria socialista», existente en la sociedad española, ni del «marketing» político, sino que la renovación de sus dirigentes, de su base social y de su proyecto político, fue un proceso forjado a lo largo de la dictadura, bajo unas condiciones de exilio y de clandestinidad.

Sin valorar correctamente este esfuerzo orgánico y político no se podría comprender, por ejemplo, la pervivencia no ya del partido sino del sindicato socialista. En un sindicato, alejado de sus bases, de la gestión de los intereses obreros, durante cuarenta años, no se puede aplicar tan mecánicamente la tesis de la memoria política.

De todas formas, hay que tener en cuenta que la UGT en el exilio tuvo hasta los años setenta una estructura de organización de masas, con más afiliados, medios y actividad que el PSOE. Se dio la paradoja, única en la historia del siglo XX, de una central sindical emigrada capaz de sostener a un partido y, desde 1970, a un sindicato ilegales en España. Un sindicalismo político de oposición que habría de configurar la tradición del movimiento sindical español (27).

Con esta perspectiva histórica considero que se puede comprender mejor buena parte de la desavenencia actual entre el PSOE y la UGT, organizaciones fraternalmente unidas durante más de cuarenta años, así como un aspecto importante —el sistema de partidos— del largo y complejo proceso de transición a la democracia en España.

En definitiva, para explicar el resurgimiento del PSOE y de la UGT durante los años setenta, la trayectoria política seguida por estas organizaciones desde la posguerra nos da ciertas claves. Además de las explicaciones basadas en la antropología política que se refieren a la «memoria histórica», y de las que recurren a las técnicas de la sociología política, argumentando sobre el liderazgo y la identificación de la sociedad con un proyecto y discurso político, debo reivindicar una interpretación histórica del auge del socialismo español.

En este sentido, la aproximación a la política seguida por estas organizaciones en el exilio y en la clandestinidad, relatada en las páginas ante-

riores, creo que nos puede ayudar a entender la preparación, con su vertiente internacional, de la lucha por el poder durante el nuevo régimen democrático.

- (1) Las fuentes utilizadas para este artículo proceden sobre todo de los archivos de las Comisiones Ejecutivas en el exilio del PSOE y de la UGT (Madrid), así como los de la IS y de la CIOSL (Amsterdam). En su origen este trabajo fue presentado al Congreso Internacional *La oposición al régimen de Franco*, organizado por la UNED en octubre de 1988.
- (2) Esta comunicación es una síntesis de una tesis doctoral sobre la historia del socialismo español, titulada *Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1972*, que se ha realizado gracias a un beca del Plan Nacional de Formación del Profesorado y de Personal Investigador del Ministerio de Educación y Ciencia, adscrita al Departamento de Historia Contemporánea de la UNED.
- (3) Véase el artículo de Santos Juliá, «Continuidad y ruptura en el socialismo español», *Leviatán*, 17, pp. 121-123.
- (4) Asimismo, hay que tener en cuenta lo ocurrido en ambas ciudades al menos desde la Guerra Civil. En Barcelona, el socialismo siempre tuvo un carácter diferencial desde la USC al MSC, pasando por el PSUC. En la capital, la otrora poderosa Agrupación Socialista Madrileña, se vio durante afectada por las divisiones de la II República y fueron desarticuladas seis comisiones ejecutivas clandestinas entre 1945 y 1953. La dividida y debilitada ASM no podrá adaptarse a las transformaciones de la estructura social madrileña.
- (5) Antecedentes de la Federación de Partidos Socialistas y del partido Socialista Popular formados al filo de la transición.
- (6) Desde la primera formulación de estas concepciones en 1939 hasta su conversión en mayoritarias y oficiales, se produjo la disolución de las diferencias políticas e ideológicas entre caballeristas y prietistas, sectores socialistas que hicieron un frente común contra los disidentes, en su mayoría negrinistas. En especial, véase C. Tcach «Crisis y reorganización del socialismo español», en *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista, 1939-1953*. Madrid, EPI-FPI, 1986.
- (7) En el exilio, el posibilismo monárquico estuvo limitado a Luis Araquistáin y a un escaso grupo de seguidores. Además, este accidentalismo ante la restauración respondió en buena medida a las tradiciones de posibilismo de tinte corporativista, compartidas por la UGT y la CNT. Al final de los años cincuenta esta cultura política había sido prácticamente liquidada. Sobre el pensamiento y acción política de Araquistáin, véase L. Araquistáin *Sobre la guerra civil y en la emigración*. Edición y estudio preliminar de Javier Tusell. Madrid, Espasa, 1983.
- (8) Fund P. Iglesias (FPI) Archivo CE PSOE en el exilio, Toulouse-Paris (AE). Llopis y Tomás a Guridi (Amat) y a las federaciones del PSOE y de la UGT. 3.III.1958.
- (9) Véase la resolución política en C. y J. Martínez Cobo (ed.) *Congresos del PSOE en el exilio*. Vol II. Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1981, pp. 74-76.
- (10) Para la actividad internacional del socialismo español en el exilio, me han resultado útiles los testimonios personales de F. López Real y M. Simón. Madrid, 1989.
- (11) Series documentales del archivo de SDE en las fundaciones P. Iglesias y Largo Caballero.
- (12) La Federación Internacional de Obreros Metalúrgicos de la CIOSL fue la que mantuvo posiciones más críticas ante UGT. En la FIOM tenían un peso muy significativo los sindicatos alemanes y norteamericanos.
- (13) La ASO desplegó una actividad internacional notable. Recibió el apoyo de los sindicatos alemanes, de la CFDT y de parte de los SPI ligados a la CIOSL. En cierto modo, la USO heredó parte de estos apoyos a partir de 1967. Fue admitida en el

- seno de la FIOM en 1968 e invitada como observadora a congresos de la CIOSL. FLC. AUGT. Circulares X Congreso, 1968-1971. Réplica obligada... Enero 1970.
- (14) Resolución del XI Congreso del PSOE en el exilio. Toulouse, agosto de 1970.
- (15) Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam (IISHA). Archivo Internacional Socialista. España. Correspondencia Secretaría IS con partidos socialistas españoles, 1970-1975.
- (16) FPI. AE. Actas CE PSOE, 5-6.I.1957.
- (17) Hay que tener en cuenta que la exclusión del PCE de la política unitaria no se debió únicamente a la postura socialista. Tanto el resto de las organizaciones «clásicas» como las nuevas formaciones «centristas» rechazaron la presencia de los comunistas. Esto se puso de manifiesto en el bienio 1971-1972 al modificarse la posición del socialismo español. Los aliados de la UGT en la Alianza Sindical rechazaron la colaboración con CC.OO. y otros nuevos grupos sindicales, mientras que la oposición burguesa no aceptó la incorporación del PCE a un proyecto de Mesa democrática. Los socialistas pudieron más adelante forzar la presencia comunista en las alianzas de la oposición. FLC. AAS. Actas del CC de la AS 1971-1972. FPI.AE. Circular 10 del SG del PSOE, 2.XI.1971.
- (18) Sobre este último aspecto, véase J. M. Maravall, *Dictadura y disenso político*. Madrid, Alfaguara, 1978, pp. 144-145.
- (19) No obstante, en los años centrales del decenio de los cuarenta hubo un reclutamiento abierto de antiguos afiliados en Santander, Zaragoza, Alicante, Jaén y Madrid. Testimonios personales de P. Marco, B. Rodríguez, F. Román, F. López Real y A. García Duarte.
- (20) Véase las ponencias de las federaciones socialistas en el interior a los Congresos del PSOE de 1958 y 1961. Fundación Pablo Iglesias (FPI). Archivo Exilio (AE).
- (21) Tras las huelgas mineras de Asturias en 1970 y el proceso de Burgos, la organización clandestina consiguió la autorización de las Ejecutivas para colaborar en las protestas, sin firmar manifiestos, con otras fuerzas como CC.OO. y el PCE. Menos de un año después la resolución política del XI Congreso de la UGT aprobó la convocatoria de conversaciones para un pacto sin exclusiones. Fundación Largo Caballero (FLC). Actas de la Comisión Ejecutiva (ACE) de UGT. 28-29.XI.1970.
- (22) La Alianza Sindical fue asumida por la dirección de UGT en el exilio en el Congreso de 1959, tras la presión de la CIOSL, de la organización clandestina y de la mayoría de las secciones en el exterior. FLC. AUGT. Circulares CE UGT, 1959-1962. Memorándum de la CIOSL. Agosto 1959.
- (23) «Y, si aceptamos esto, es evidente que lo justo no es hacer política sólo para una clase o sector social de un país, sino para todos...». FPI. *Cruce de ideas entre Miguel Sánchez Matas e Indalecio Prieto*. México, s.n., 1959.
- (24) Para la evolución de las Juventudes Socialistas, véase FPI. AFNJSE. También, los testimonios personales de dos de sus secretarios generales en el exilio: A. García Duarte (Madrid, 20.IX.1988) y C. Martínez Cobo (Madrid, 23.IX.1988).
- (25) FLC. AUGT. Madrid. Informe a Tomás y Llopis. Observaciones sobre la actual situación de un determinado sector político de la oposición. «Pepe Vistillas»/E. Villegas. Madrid, s.a. (1959). En 1972 el PSOE se escindió en dos sectores con apoyos tanto en el exilio como en el interior de España.
- (26) La primera ocasión que votaron los delegados del interior fue el XI Congreso de la UGT de 1971. De todas formas, para la modificación de la política de los mandatos del exilio. FLC. Memoria de la CE UGT al XII Congreso. Toulouse, agosto 1973. Testimonios personales de A. Calzada, A. García Duarte, C. Martínez, F. López Real y M. Simón.
- (27) Véase S. Juliá, «Sindicatos y poder político en España», *Sistema* 97, julio 1990.